

Alberto abrió la puerta de su habitación, saludó a su compañero de cuarto, el cual, bastante molesto por ser despertado, se limitó a responderle con un sonido gutural, y se dejó caer en la cama todavía sin hacer. El cuarto se encontraba en silencio absoluto. Ese había sido el motivo fundamental de que Alberto se decidiera a alquilar esa habitación, un poco más pequeña y menos confortable, que otras muchas que había visto. Y, ese silencio, ahora le destrozaba los nervios. Miró a su compañero. Seguía durmiendo. Con mala leche empujó su cama para que se despertará. Rodolfo, que así se llamaba, alzó la cabeza y miró a Alberto sin decir palabra.

Los dos compañeros de habitación llevaban juntos más de cinco años. Rodolfo era muy callado, hasta tal punto que muchas veces Alberto había pensado que no sabía hablar. Sin embargo, cuando hablaba lo hacía siempre muy sabiamente. Lo más fascinante de Rodolfo, en opinión de Alberto, era su capacidad de expresarse a través de sus ojos. Aunque podía permanecer callado durante horas, siempre hablaba. Su mirada decía todo lo que quería decir. Sus ojos de color castaño dotaban a Rodolfo de la capacidad de hablar estando callado.

Alberto hubiera preferido no despertar a su compañero de cuarto. En sus ojos, sólo leía reproche. Ni una palabra salió de su boca. Ni siquiera un '¿Qué tal el funeral?', o algo un poco más humano como '¿Te encuentras bien? No te preocupes, ya ha pasado todo'. Pero Rodolfo no era humano. Carecía de corazón, o eso era lo que parecía. Él nunca reprochaba nada de palabra, pero sus ojos... ¡sus ojos decían tanto!

Alberto recordaba perfectamente su actitud cuando le presentó a Yolanda, la chica con la que saliera durante tres meses. Lo único que obtuvo fue un seco 'Hola, Yolanda' y nada más, el resto, no fue sino miradas de reproche para su compañero de cuarto. No se quejaba, no soltaba ni una sola palabra. Podría haber sido sincero y haberle echado en cara que si empezaba a salir con una chica le dedicaría menos tiempo a él, pero no, no decía nada, solo su mirada hablaba por él. Y tampoco es que tuviera que echarle nada en cara. Es verdad que se habían hecho amigos íntimos, hasta el punto en que Alberto le contaba todo lo que le ocurría, pero nada más. Hasta ahí llegaba la amistad. Si Rodolfo resultaba ser un poco raro no era culpa de Alberto. Todo lo que se hubiera podido imaginar acerca de su relación no eran más que elucubraciones suyas. Pero Rodolfo nunca se quejaba de nada, sólo miraba.

Cuando tres meses más tarde Alberto volvió llorando a casa porque Yolanda le había dejado, no encontró palabras de consuelo en su compañero de cuarto, únicamente halló la sempiterna mirada de reproche. Reproche ¿por qué? Porque Rodolfo sabía que Alberto no había tratado con la delicadeza merecida a su fugaz novia. No había sido nada atento y eso, al final, lo había pagado. Rodolfo, como siempre, no decía nada, limitándose a mirarlo. A veces, Alberto creía ver en su compañero de cuarto la personificación de su propia conciencia. Siempre ahí, para todo lo que quisiera, mudo, permitiéndole hacer y actuar como bien quisiera, pero con una mirada que le indicaba el camino correcto que debía seguir, camino que no siempre seguía.

Dos meses antes el padre de Alberto había enfermado de gravedad. En lugar de ir corriendo para interesarse por su estado de salud y apoyar moralmente en todo lo que pudiera, Alberto, optó por seguir con su vida como si no hubiese ocurrido nada. Rodolfo, como siempre, no decía ni una palabra, limitándose a mirar a su compañero de piso. Éste, ante las continuas miradas de reproche, al final dio su brazo a torcer, yendo al hospital para preguntar por el estado de salud de su padre.

El motivo de que no hubiese querido ir con anterioridad era los continuos problemas y discusiones que siempre había tenido con aquel que le dio la vida. No es que no le quisiera, pero siempre acababan discutiendo por las cosas más insignificantes. En una ocasión estuvieron a punto de llegar a las manos, y, de hecho, lo hubieran hecho si no hubiese intervenido su madre. Por eso no le apetecía nada ir a ver a su padre, a pesar de que, según los médicos que le atendían, como mucho duraría un par de meses.

Con este ánimo se presentó en el hospital. Y, ocurrió lo que siempre ocurría. En lugar de controlarse por el estado en que se encontraba su padre, sus nervios se crisparon mucho antes de lo habitual. La bronca fue bastante mayor de lo normal, hasta tal punto, que tuvieron que sacarlo por la fuerza, de la habitación donde descansaba su padre, varias enfermeras. Su madre vio todo lo que ocurría con aire compungido. Pero no dijo nada. Su madre, al igual que Rodolfo cuando le relatará su visita al hospital por la tarde, se limitó a callar. Sólo le miraban con sus ojos de reproche.

Durante el mes siguiente el estado de su padre permaneció estable. No ocurrió lo mismo el mes siguiente. Vaticinando un final inexorable, la madre instó a Alberto para que fuera a visitar a su padre por última vez y le permitiera morir en paz, sabiéndose a bien con su hijo. Éste, sin embargo, se limitó a soltar un gruñido de malestar, colgando el teléfono. Su padre se moría y, a pesar de los continuos reproches de Rodolfo, se mantuvo firme en su decisión de no ceder. Y, efectivamente, no cedió. No volvería a hablar nunca más con su progenitor.

El funeral fue sencillo. Tan solo los familiares y los amigos más íntimos de la familia asistieron. Alberto mantuvo, lo mejor que pudo, la continua mirada de reproche de su madre durante toda la ceremonia. Pero al llegar a casa se derrumbó.

El silencio de la habitación, unido a la continua mirada de su compañero de cuarto, hicieron mella en su espíritu. La sensación de malestar, poco a poco, fue en aumento. Intentó dormir. Vano intento, pues sentía en su nuca la mirada insistente de Rodolfo. Se giró y le miró directamente, desafiándole. No le apartó la mirada. Cada vez se encontraba más y más irritado. No soportaba más el reproche. Estaba harto. Él hacía lo que quería, vivía como quería. Nada ni nadie tenía que decirle lo que tenía que hacer. Pero la mirada seguía ahí. Todavía si Rodolfo le dijese algo, si le echase en cara algo, pero no, se limitaba a callar, mirándole. Mirándole. Mirándole.

Alberto ya no aguantaba más. Sus nervios estaban destrozados. Se tumbó cabeza abajo, intentando ocultar su cabeza entre la almohada. Había demasiada luz. La apagaría y así no sentiría la mirada de su compañero. Al apretar el interruptor, sin querer golpeó la mesilla de su cama tirando algo. Era metálico. Por un acto reflejo, su mano se movió para recogerlo. Se trataba de unas tijeras. El día anterior había estado recortando fotos y, todavía, no las había guardado en su sitio. Cuando sintió el frío metal en sus manos un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Se dio cuenta de cómo podría apagar esa mirada. Sin pensarlo, se giró y con un movimiento rápido le clavó las tijeras en el pecho a su compañero. Sus ojos, llenos de reproche un momento antes, mostraron pánico. Unos instantes después, Rodolfo yacía muerto. Alberto, eliminada la causa de su excitación y comprendiendo lo terrible de su acción, cayó desmayado.

A la mañana siguiente, cuando la dueña de la casa abrió la habitación de sus inquilinos, se encontró una escena asombrosa. Alberto, se encontraba tumbado en el suelo, con las manos ensangrentadas. Rodolfo, el loro de Alberto, yacía en su jaula con unas tijeras clavadas en su pecho.

Autor: AMLP